

indios. Si los descubridores y capitanes no hubieran tenido que usar el requerimiento, ante escribano, acaso hubieran obrado algunas veces con inconveniente precipitación. Sin esa fórmula, como tengo dicho en otra parte de esta obra (1), podían haber obrado arbitrariamente; podían haber saqueado y destruido pueblos de indios, sin responsabilidad. Pero con ese documento se le ataban las manos á la arbitrariedad y al capricho. No bastaba que el conquistador quisiese hacer el mal; necesitaba motivo justificado para hacerlo. No podía tomar resolución ofensiva; era preciso que el escribano del rey viese la imprescindible necesidad de hacer la guerra; que hiciese constar, bajo su responsabilidad, que se habían dado todos los pasos indispensables para evitar la efusión de sangre. El temor que los capitanes tenían de atraerse el enojo del rey si la lucha era provocada por los españoles, era profundo. Hernán Cortés, no obstante verse acometido terriblemente por los tlaxcaltecas, mandó á sus soldados que no hiciesen fuego, y llamando al escribano Diego Godoy, encargó á tres prisioneros que tenía de las acciones anteriores que fuesen á requerir de paz á sus compatriotas, diciéndoles que los hombres blancos querían tenerlos por hermanos, «haciendo que el escribano de su Majestad», dice Bernal Díaz del Castillo, «mirase lo que pasaba y diese testimonio dello si se hubiese menester, porque no nos demandasen los muertos y daños que se recreciesen, pues les requeríamos

(1) En una nota del tomo IV, página 318, cuyas mismas palabras repito ahora.

con la paz» (1). Se ve, pues, que los requerimientos, cuyo objeto era evitar la arbitrariedad, están muy lejos de merecer el ofensivo epíteto de «fórmula vacía de palabras, cuya importancia era enteramente incomprendible para los indios», con que los han calificado algunos escritores. Que era comprensible su contenido para los indios, al menos en la Nueva España, se ve claramente, puesto que se les amonestaba en su idioma, por medio de intérpretes que lo hablaban perfectamente. Igualmente claro era para los naturales de Tierra Firme, pues se les solía amonestar por medio de los indios de la isla Española que sabían el castellano y entendían la lengua del país.

Que no es cierto que el Papa desconociese la configuración del globo terráqueo. No han estado más acertados Raynal y los demás escritores que, copiándose unos á otros, han censurado la bula de donación del Papa, al asegurar que desconocía la configuración de la tierra. Después de asentar que dividió el mundo en dos partes, de suerte que el hemisferio Oriental perteneciese á los portugueses y el Occidental á la corona de Castilla, agregan que fué una ignorancia que nadie hubiese observado en aquel siglo la figura del globo ni advertido que se podría llegar á descubrir el Oriente por los mares del Occidente. No tuvieron presente el señor Raynal y los que le han seguido, que la configuración del globo terráqueo la había observado muchos años antes el célebre cosmógrafo español Arzachel, natural de Toledo, que floreció en el siglo XI; uno

(1) *Conquista de Nueva España*, t. I, cap. LXIII, pág. 271.

de los observadores mas sabios y laboriosos que se han conocido, el cual, segun refiere el P. Fournier en su *Hydrografia*, dividió el orbe en dos hemisferios, y fué el primero que mostró el camino para descubrir la América, habiendo dibujado en aquellas partes muchas y vastas regiones (1). Que el Papa tenia conocimiento de la configuracion del globo terráqueo y que no ignoraba que acaso se podria llegar á descubrir el Oriente por los mares de Occidente, lo están manifestando claramente las palabras que se encuentran en su bula. No hay mas que leer ésta para convencerse de la injusta inculpacion hecha por el filósofo Raynal y los que sin exámen y sin conocer el documento que criticaba han acogido sus inculpaciones como hechos innegables. No hay mas que detenerse á leer la mencionada bula para ver que se concedia á los portugueses lo que descubriesen navegando desde cierta línea hácia Levante y Mediodia, que debia imaginarse tirada de un polo á otro, pasando á cien leguas de la mas occidental de las islas de las Azores y de Cabo Verde, y á los españoles lo que descubriesen navegando desde la misma línea por el Mediodía hácia Poniente. De esta manera, aun los territorios orientales que no se hallasen ocupados por otras naciones cristianas, debian pertenecer á los monarcas de Castilla, si lle-

(1) Arzaquel es autor de las tablas que se conocen con el nombre de *Tolodanas*; escribió una obra sobre los eclipses y las revoluciones de los años; y la ciencia le es deudora de importantes conocimientos, por el considerable número de observaciones que hizo para determinar los elementos de la teoría del sol, el lugar de su apogeo y el de su excentricidad. Fijó la oblicuidad de la eclíptica á 23 grados y 34 minutos.

gaban los españoles á descubrirlos por los mares de Occidente, como llegó á verificarse con las islas Molucas y Filipinas; y al contrario, las regiones occidentales que no hubiesen sido ocupadas por los españoles y las descubriesen los portugueses navegando hácia el Oriente, debian pertenecer al rey de Portugal.

Claramente se ve por estas palabras de la bula «ora se hayan hallado islas y tierras firmes, ora se hayan de hallar hácia la India ó hácia otra cualquiera parte» (1), que el Papa comprendió, como ya he dicho, que por los mares de Occidente se podria llegar á descubrir el Oriente (2). Al asentar, pues, el filósofo Raynal que el jefe de la Iglesia ignoraba que podria hacerse ese descubrimiento, deja conocer que no vió la bula, y que, en consecuencia, falla sin conocimiento de causa, ó que si la vió, no llegó á entenderla; ó que si entendió su sentido, porque es bien claro, se desentendió de él por espíritu de antagonismo, pudiendo mas en su alma la pasion que la justicia. Por cualquiera de estas tres causas, cae sobre él la triste nota, bien de ligero y temerario en juzgar de cosa no conocida; bien de poco versado en el idioma latino; bien de escritor apasionado, que sacrifica la verdad al placer de herir á quien mira con mala prevencion. Muy lejos, pues, de tener razon los filósofos que han acusado á los hombres de aquel siglo de que no hubiesen observado que se podia descubrir el Le-

(1) «Sive terræ firmæ, et insulæ inventæ, et inveniendæ sint versus Indiam, aut versus aliam quamcumque partem.» Bula del papa Alejandro VI.

(2) El lector hallará la bula, traducida exactamente, en el Apéndice, bajo el número 14.

vante por el mar de Poniente, debian ensalzar la gloria de que hubiesen comprendido y observado siglos antes, en la bula del Papa, lo que ellos, aun despues del transcurso de los tiempos, no han podido entender (1). Lo que mas sorprende es que el mismo Raynal y los que en coro le seguian, creyendo haber cogido al Papa en una falta de crasa ignorancia cosmográfica, hayan caido, al pretender burlarse del que juzgaban error, en otro mayor sobre el mismo asunto. Sí; en otra inadvertencia

(1) En los mismos crasos errores que Raynal, incurre, en otros muchos escritores que siguen á éste, el autor de una obra en un tomo, intitulada *Historia de la América del Sur, desde su descubrimiento hasta nuestros dias*. El libro no lleva el nombre de la persona que lo escribió, sino que en su lugar se lee «Por un Americano»; pero en todas sus páginas se ve que ha dado demasiado crédito á lo que en sus obras asientan Robertson y Raynal. Abrazando como una verdad innegable el error de este último, relativo á la bula del Papa, y desconociendo el documento que critica, dice: «La Iglesia jamás tuvo acerca de la forma de la tierra otras opiniones que las de Moisés, las de los Profetas, las de San Crisóstomo, San Agustin, San Gerónimo y demás Padres, enemigos declarados de la esfericidad de la tierra, á la que consideraban como una superficie plana, rodeada por el Océano.» No me detendré á examinar las ideas que tenia de la idea del globo Moisés, que vivió 1725 años antes de que hubiera Iglesia católica; pero sí puedo asegurar que San Agustin, aunque nació 1142 años antes del descubrimiento de la América, lo que negó no fué que el globo terráqueo fuera esférico, sino que hubiese antipodas, que es cosa muy distinta. Negaba que hubiese antipodas, porque estando seguro de que toda la raza humana descendia de Adan, y habiendo perecido toda en el diluvio, excepto Noé con su familia, y teniendo por imposible que nadie hubiese podido pasar el inmenso Océano, pues además de que en aquella época se tenia por innavegable, no se conocia en su tiempo la aguja de marear, ni la piedra iman, ni arte ninguno para poder cruzar la inmensidad de las aguas, no podia, en su concepto, haber antipodas. Ya se ve, por lo que llevo expuesto, que se ha inculcado á San Agustin de una cosa muy diferente de la asentada por el autor de la *Historia de la América del Sur*, y de otros muchos escritores que le han precedido. Con la misma seguridad de no ser desmentido, puedo asegurar que en el siglo en que se sentó en la silla apostólica Alejandro VI, la Iglesia conocia perfectamente la configuracion del globo terráqueo; que no es

mayor, repito, de la que pensaban que habia caido el jefe de la Iglesia, pues en su censura solo cuentan con la figura esférica ó elíptica de la tierra, y no tienen presente que para pasar desde España al Oriente por los mares de Occidente, era preciso que lo permitiesen, como dice muy bien D. Pedro Varela y Ulloa, «las regiones que entonces se sospechaba habia en medio, cuya extension, por consiguiente, se ignoraba; y si éstas se prolongasen continuamente hácia el Polo Antártico tanto como se extienden hácia el Ártico, ¿se podria en tal caso llegar á descubrir el Oriente por los mares del Occidente?» Para el intento del Papa era indiferente que hubiese ó no paso por el Sur.

En un error no menos marcado han incurrido esos mal

cierto, por lo mismo, que creyese que la tierra era una superficie plana; que conocia su forma esférica, como lo demuestra la bula del Papa, y que precisamente en los frailes se hallaba la ciencia, como lo prueba el que por ellos fué examinada la doctrina de Cristóbal Colon, distinguiéndose entre los que participaban de su opinion y se declararon sus protectores, el fraile Juan Martin de Marchena, guardian del convento de la Rábida, hombre de ciencia y de virtud; el nuncio pontificio D. Antonio Geraldini; el gran cardenal de España y arzobispo de Toledo, D. Pedro Gonzalez de Mendoza, hombre de ciencia y de claro ingenio, que se declaró firme protector y amigo del navegante genovés; Fray Diego de Daza, sabio religioso de la orden de Santo Domingo, que defendió con calor y elocuencia la teoria de Colon, y otros sabios religiosos respetados por su ciencia y sus virtudes. La ciencia estaba entonces en los claustros, y los eclesiásticos fueron los que influyeron en que se admitiesen las proposiciones de Colon. La figura del globo terráqueo, como tengo ya dicho, se habia observado desde el siglo XI por el célebre astrónomo español Arzaquel; pero aun suponiendo, sin conceder, que el Papa y los españoles hubieran poseido la ignorancia que Raynal y sus admiradores injustamente les atribuyen, siempre manifestarán aquéllos que estaban menos atrasados en la ciencia cosmográfica que lo que entonces se hallaban la Inglaterra y el Portugal, en cuyas naciones fué mirado el proyecto de Colon como una locura, respecto de las tierras occidentales.

informados filósofos al pintar á los españoles que pasaron á la América dominados únicamente de una codicia insaciable de oro y plata, y en presentar á los colonos, así ingleses como de otras naciones, llenos de filantrópicos sentimientos, desprendidos de toda sed de riquezas y no aspirando á otra cosa que á los adelantos de la industria, de la civilizacion y del bien social. Esta aseveracion, que está en pugna marcada con la verdad histórica, ha encontrado sin embargo acogida, por desgracia, hasta en hombres ilustrados, descendientes de la raza española, y ha llegado á tomar una extension y apariencias de realidad por no haber sido combatida, que se hace indispensable desvanecerla, no solo por el bien que á los amantes al estudio de la historia les resulta del esclarecimiento de los hechos, sino tambien por la honra que les resulta á los actuales habitantes de las que fueron antiguas colonias españolas en América, de ver patentizado el recto proceder de sus ascendientes. Sabido es que lo

Algo sobre la decantada codicia atribuida á los españoles.

Noble deseo que decidió á Isabel la Católica al descubrimiento de la América.

que decidió á Isabel la Católica al descubrimiento de la América.

que decidió á Isabel la Católica á favorecer la empresa de Colon, fué el haberle indicado este último los beneficios que les resultaria á los naturales de las vastas regiones que estaba seguro descubrir, de atraerlos al conocimiento de la luz del Evangelio, y librar sus almas de los funestos errores de la idolatría. Dominada por los nobles y elevados sentimientos de humanidad que han elogiado los mas distinguidos historiadores de todas las naciones, envió, como hemos visto, dignos sacerdotes que les instruyeran en la religion, y entendidos y honrados artesanos que les

enseñaran los diversos oficios y artes que se conocian en Europa, así como excelentes agricultores que les mostrasen la manera de cultivar la tierra. Careciendo las nuevas regiones descubiertas de animales útiles para el trabajo y el sustento del hombre, hizo embarcar caballos, yeguas, bueyes, toros, vacas, cerdos, cabras y corderos para propagar la especie; mandó que se sembrase trigo, cebada, arroz, garbanzo, lenteja y toda especie de semillas alimenticias que se desconocian en aquellas regiones del Nuevo Mundo; envió instrumentos de labranza, herramientas de todas clases, cuanto en fin era necesario para formar una sólida colonia que vertiese la ilustracion entre los sencillos habitantes de aquellas apartadas regiones; y abrigando un verdadero interés maternal, santo, puro, en favor de los habitantes de las islas descubiertas, conmovida por la sencillez y docilidad de los indios que voluntariamente habian ido á España con Colon, mandó que fuesen tratados con la mayor benignidad; que se les atrajese á las creencias cristianas con dulce afabilidad, mostrándoles amor, con tierno afecto y buena doctrina, y encargó á Colon que si alguno de los españoles que formaban la expedicion les trataba mal ó era injusto con ellos, le castigase con el mas severo rigor, á fin de que nadie se atreviese á ofenderles en lo mas mínimo. Los Reyes Católicos, como se ve, no fueron impulsados por la codicia de riquezas á enviar esa expedicion, sino con el plausible y noble anhelo de sacar de las tinieblas de la ignorancia y del estado de barbarie á los desnudos habitantes de las islas. Antes de saber si existia oro en aquellas hasta entonces ignoradas regiones, gastaban

los Reyes Católicos considerables sumas de plata en enviar cuanto constituye la abundancia, el bienestar y la felicidad de los pueblos: enviaban en la agricultura, en el ganado, las semillas, los instrumentos de labranza y en los artesanos que iban á servir de maestros á los indios, la verdadera riqueza, la riqueza inagotable, la riqueza superior al oro y la plata, las perlas y los diamantes.

Un escritor de nuestros días, olvidándose de estos hechos y no teniendo presente la conducta observada por los colonos ingleses con los indios de la América del Norte, asienta en una obra impresa en 1868 en uno de los países de América, perteneciente un tiempo á España, que llegaban los ingleses á la parte que hoy son Estados Unidos con el carácter de colonos, cuando todavía en las posesiones españolas aparecían los españoles con el título de soldados. La verdad es, como está viendo el lector, que la primera expedición enviada al Nuevo Mundo por los Reyes Católicos se componía verdaderamente de colonos, que en número de mil quinientos individuos llevaban sus semillas, sus instrumentos de labranza, sus artes y sus oficios á los países que acababan de ser descubiertos, ciento catorce años antes que recibiese la Virginia, hoy Estado de la confederación de los Estados Unidos, su primera colonia inglesa (1). Ciertamente es que entre esos colonos iban algunos soldados; pero lo mismo sucedía con los colonos ingleses, pues era indispensable alguna

(1) La expedición enviada por los Reyes Católicos al Nuevo Mundo, salió de Cádiz el 25 de Setiembre de 1493. Los emigrantes ingleses llegaron á Virginia, Estado hoy de la confederación de los Estados Unidos, en 1607.

fuerza armada para defender á la colonia de cualquier ataque que se intentase contra ella.

Afan de los colonos ingleses en adquirir oro. Que el afán de adquirir oro era el que animaba á los colonos ingleses que pasaron á la América del Norte, está demostrado por la historia. «La Virginia», dice Tocqueville, «recibió la primera colonia inglesa. Los emigrantes llegaron á ella en 1607. La Europa, en esa época, estaba singularmente preocupada con la idea de que las minas de oro y plata hacen la riqueza de los pueblos. Esa idea, pues, fué la que hizo enviar á Virginia buscadores de oro, gente sin recursos y sin conducta, cuyos espíritus inquietos y turbulentos perturbaron la infancia de la colonia, haciendo inseguros sus progresos.» La carta otorgada por la corona de Inglaterra, asienta Marshall, «contenía, entre otras cláusulas, que los colonos pagarían á la corona el quinto del producto de minas de oro y plata»; y el escritor Stith, refiriéndose á los expresados colonos enviados á la Virginia, dice: «Una gran parte de estos nuevos colonos se componía de jóvenes de familias desarregladas y que sus parientes les habían embarcado para sustraerles de una suerte ignominiosa; criados viejos, banqueros fraudulentos, hombres pervertidos y otras personas de esta especie, mas á propósito para robar y para destruir que para consolidar el establecimiento, formaban el resto. Jefes sediciosos arrastraban fácilmente á esta multitud á toda suerte de extravagancias y de excesos.» No es mas favorable la pintura que hace el historiador Spencer, respecto de la ambición y de las costumbres poco arregladas á la moral de los colonos ingleses. Después de manifestar que «disgus-

tada la compañía de Londres al ver frustradas las esperanzas de enriquecerse rápidamente, se apresuró á aceptar una modificación en sus estatutos», dice hablando de los colonizadores: «Los nuevos emigrantes eran en su mayor parte gente perdida y desenfrenada, hombres de malas costumbres que habian derrochado sus fortunas y que huían de su patria para librarse de los castigos con que les amenazaba la justicia» (1). El mismo historiador asienta que el rey de Inglaterra cometió la injusticia de «enviar á la Virginia cien vagamundos sacados de las cárceles y vendidos para servir de criados por cierto número de años»; y esta injusticia no fué pasajera, sino «que se continuó por mucho tiempo», según añade el expresado escritor Spencer.

Al fijar la vista en esta pintura presentada por escritores extranjeros de nota, y nada sospechosos para los adictos á la nación inglesa, sorprende el contraste que forma con el cuadro dado á conocer por los filósofos, en que se han esforzado en hacer pasar por los hombres mas morigerados, humanos, honrados y libres de todo sentimiento cruel y de avaricia á los colonos ingleses. Las bellas descripciones de los segundos, pintando á los que llegaban á las playas de la América del Norte como una especie de ángeles, desaparece ante la verdad histórica, que ya hemos visto que los presenta como buscadores de oro, llenos de vicios y desprovistos de toda virtud.

La conducta de los reyes católicos Isabel y Fernando,

(1) *Historia de los Estados Unidos.*

enviando artesanos, labradores, instrumentos de labranza, herramientas para los diversos oficios, granos de toda especie así como animales domésticos, encargando á Colón la instrucción de los indios y el severo castigo del español que los ofendiese en lo mas mínimo, aparece en toda su grandeza, su esplendor y su noble espíritu de humanidad, al lado de esa primera colonia inglesa de buscadores de oro, «de hombres pervertidos», como dice Stith, «mas á propósito para robar y destruir que para consolidar el establecimiento». El paralelo, pues, respecto á desinterés pecuniario, no puede ser mas favorable á España, puesto que ciento catorce años antes habia obrado de una manera filantrópica que se puede presentar de modelo á las naciones mas cultas de nuestro siglo.

Cierto es que mas tarde, tras de esa turba de buscadores de oro que pasó á colonizar la Virginia, llegaron varios industriales y cultivadores, raza mas moral y mas pacífica; «pero que, por desgracia», como dice Tocqueville, «no estaban á mayor altura de las clases inferiores de Inglaterra. Ningun noble pensamiento, ninguna combinación inmaterial presidia á la fundación de los nuevos establecimientos. Apenas se hallaba formada la colonia, cuando ya se introducía en ella la esclavitud». ¡Y esto sucedía mas de un siglo despues de haber dado la España, en su primer establecimiento de América, el ejemplo mas noble de filantropía hácia los sencillos indios!

Pero no es solo la conducta avara y poco ceñida á la moral observada por la primera colonia inglesa establecida en Virginia, la que está demostrando que los colonos ingleses se cuidaban mas de adquirir riquezas que de